



EL FRACASO DE LA REPUBLICA FEDERAL*

I. Cinco Provincias Huérfanas

En Centro América no hubo una guerra por la independencia y, hasta cierto punto, fueron los acontecimientos en España los que determinaron la ruptura de la relación colonial. Cuando en 1807 el ejército napoleónico invadió España y dispuso al rey Carlos IV y a su hijo Fernando VII, comenzó a evidenciarse el declive del imperio español y con él los lazos que mantenían sujetas a las colonias. La única autoridad española que se mantuvo en funciones fueron Las Cortes de Cádiz; un cuerpo legislativo que, por un lado mostraba tendencias liberales y republicanas y, por el otro, se oponía a la independencia de las colonias.

No hubo guerra, la sangre derramada fue escasa, pero sí hubo centroamericanos activos e interesados por la independencia. En unos, la inclinación hacia la independencia nacía del temor al creciente radicalismo republicano de las Cortes de Cádiz. Los deseos de éstos eran preservar las tradiciones coloniales, protegiendo sus derechos y privilegios, tolerando tan pocos cambios como fuese posible. En otros centroamericanos las ideas de la Revolución Francesa calaban

profundamente, eran republicanos y demandaban la abolición de todas las desigualdades sociales, políticas y religiosas. Así, estas facciones tenían diferentes y hasta opuestos motivos para desear la independencia, pero ocasionalmente podían aliarse.

En 1811 ocurrieron revueltas contra las autoridades coloniales españolas en ciudades de El Salvador y Nicaragua. En los años siguientes hubo otros conatos de rebelión: en 1812 en Tegucigalpa; en 1813 en el Convento de Belén de Guatemala; en 1814 nuevamente en San Salvador. Precisamente en este último año Fernando VII fue restaurado en el trono de España y suspendió Las Cortes de Cádiz, aunque por unos pocos años ya que en 1820 las tropas bajo el mando de Rafael Riego se amotinaron, negándose a viajar hacia las colonias y marchando sobre Madrid, a raíz de lo cual el rey se vio precisado a reabrir Las Cortes.

La reapertura de Las Cortes de Cádiz repercutió en Centro América en el disfrute de la libertad de prensa y en la convocatoria a elecciones para cargos públicos. Estos dos acontecimientos reanimaron la vida política en la colonia

y, cuando a ellos se sumó la noticia sobre la lucha independentista que se realizaba en México, se produjo una gran agitación popular.

Las elecciones se celebraron en 1821 y según parece, en ellas no era el rompimiento con España el tema central, los partidos discutían más acerca de la rapidez con que podrían implementarse cambios económicos y sociales. Sin embargo, el 13 de septiembre llegó a la Ciudad de Guatemala la noticia de que las vecinas provincias de Tehuantepec y Chiapas (que incluso pertenecía a la misma Capitanía General de Guatemala) habían aceptado la independencia según la fórmula del **Plan de Iguala**. (1)



Gabino Gaínza

En 1821, la máxima autoridad española en las colonias centroamericanas era el capitán general Gabino Gaínza, quien era opuesto a la independencia y no veía con simpatía a Agustín de Iturbide, sin embargo, apremiado por las circunstancias convocó a importantes funcionarios civiles y eclesiásticos a reunirse el

15 de septiembre. En la reunión de aquel día se declaró la independencia de España para la Capitanía General de Guatemala que comprendía toda Centro América.

Gabino Gaínza continuó en sus funciones como capitán general y recomendó a los gobernantes de las provincias bajo su jurisdicción que hiciesen lo mismo, pero la situación política en el resto de Centro América se volvió, con notable rapidez, muy confusa. Ya en la segunda década del siglo XIX, el istmo centroamericano estuvo cargado de rivalidades y al parecer todo lo que se necesitó para desatarlas fue la disolución del agonizante imperio español. En los acontecimientos que ocuparon los años de 1811 a 1820 ya se perfila el desordenado rumbo que seguiría Centro América después de 1821. La Ciudad de Guatemala, cabecera administrativa de las provincias coloniales centroamericanas representaba y ejercía un control que ya había llegado a ser aborrecido. En 1814 una diputación nicaragüense protestó ante la regencia española por disposiciones relativas al comercio y la agricultura tomadas por las autoridades de Guatemala. Al mismo tiempo solicitaron para Nicaragua el rango de Capitanía General, con jurisdicción sobre Costa Rica. Por su parte los costarricenses protestaban por los impuestos exigidos por Guatemala, a la que también acusaban de haberles destruido el enlace comercial con Panamá. En El Salvador se recelaba contra la capital por ciertas ambiciones de tipo eclesiástico, ya que los salvadoreños deseaban tener obispo propio tal como lo tenían Chiapas, Honduras, Nicaragua, y Guatemala, a la que estaban sometidos en dichos asuntos. Las rivalidades llegaron al extremo que, alrededor de 1820, algunos centroamericanos ya creían que Guatemala podría usurpar el papel de España si dicha metrópoli fuese derrocada, y se oponían tanto a ser miembros de una comunidad política encabezada por Guatemala como a continuar en el imperio español.

A raíz de la declaración del 15 de septiembre de 1821, en Centro América podía encontrarse incertidumbre respecto a la reacción de España, inseguridad en la relación con Guatemala y presiones de Agustín de Iturbide, el recién instalado emperador de México, para que cada poblado de Centro América por separado se adhiriese a su imperio. En cada provincia, y lo que es peor, en cada poblado, surgieron opiniones tan diferentes y contrapuestas que fue imposible llegar a un acuerdo.

En San Salvador surgió una junta dirigida por el cura José Matías Delgado y Manuel José Arce, líderes de tendencias liberales, que en comunión con el intendente español proclamaron el 29 de septiembre la independencia para la intendencia de San Salvador. Poco después propusieron a las vecinas intendencias de Comayagua y León que entre las tres formasen una república (ambicionando que eventualmente otras intendencias se les uniesen) con el propósito de evitar la anarquía y la denominación por México o Guatemala. No obstante, los propósitos de la junta de San Salvador eran adversadas por San Miguel y Santa Ana, ciudades de su intendencia.

La diputación de León declaró su independencia de España y de Guatemala el 28 de septiembre. Dos de los personajes más monarquistas de Centro América promovieron aquella declaración presumiendo de que Costa Rica iba incluida en la misma. Los monarquistas conservadores eran el intendente de Nicaragua, Miguel González Saravia, y el obispo de León, Nicolás García Jerez y habían declarado la independencia buscando que *"se aclaren los nublados del día y pueda obrar esta provincia con arreglo a lo que exigen sus empeños religiosos y sus verdaderos intereses"*, y según ellos lo entendían, no podían lesionar de ningún modo a Fernando VII de España o, en el peor de los casos al emperador Agustín I de México, pues de ello dependía conservar el orden colonial.

Costa Rica, más aislada y menos informada, desempeñó un cauteloso y neutral papel, reflejo de una sorprendente prudencia política de algunos de sus líderes, como los hermanos Pablo y José Antonio Alvarado, republicanos y ambiciosos de libertades. Ellos observaban los acontecimientos de Guatemala y los comunicaban a su provincia. Pablo Alvarado recomendó la destrucción total de los lazos con España, y para evitar la guerra civil, la unión a una gran república (Colombia), aunque dichas recomendaciones sólo fueron seguidas parcialmente. A pesar de que en Costa Rica, como en las demás provincias, los criterios estaban muy divididos, se logró concertar el común acuerdo de todas las poblaciones para repudiar los lazos con el gobierno de León.

En Honduras, La Villa de Comayagua declaró su independencia de España y cierta inclinación para unirse al imperio mexicano, en tanto que Tegucigalpa prefería continuar bajo jurisdicción de Guatemala. Las ciudades rivales no llegaron a un acuerdo y pasaron a buscar aliados y a prepararse para la guerra civil (en semejante situación cayó Nicaragua cuando las ciudades de León y Granada se enfrascaron en una contienda civil por motivos similares).

En medio de aquel descompuesto panorama político el proceder del capitán general Gabino Gaínza fue razonable y adecuado a la declaración del 15 de septiembre de 1821, porque convocó a un congreso centroamericano que debía reunirse el 10 de marzo de 1822 y, mientras llegaba ese día se dispuso a seguir gobernando. Pero este prudente propósito fue en gran parte anulado con el envío de tropas mexicanas ordenando por el emperador Agustín de Iturbide *"para proteger a aquellos que deseen unirse al imperio"* (entre los cuales Iturbide pensó contar hasta los panameños). Frente a esta presión, Gaínza instó a celebrar cabildos abiertos en toda Centro América para decidir sobre la anexión a México. Muchos de los resultados

de estos cabildos nunca fueron reportados a Guatemala, pero triunfaron los votos a favor de la anexión, aunque con la oposición de una fuerte minoría. Muchos poblados de Centro América ya se habían pronunciado por separado a favor de la incorporación a México cuando el 9 de enero de 1822, el capitán general Gaínza declaró la anexión de Centro América a México.

La anexión al imperio mexicano favorecía a quienes deseaban preservar las tradiciones y el orden forjado durante la colonia y ellos debieron ser sus más decididos partidarios, pero otros centroamericanos optaron por la anexión a México movidos por un sentimiento de ingenuidad política que pretendía el tutelaje provincial de experimentados hombres de Estado de fuera de Centro América. Debido a este sentir y a los temores de que se desencadenase una guerra civil o una invasión de Francia o España, algunos dirigentes de las más atrasadas provincias de Honduras, Nicaragua y Costa Rica abogaron por unirse, al menos durante un tiempo, a México o Colombia. Sin embargo, lo determinante fue que la única fuerza militar de la que tuvo noticias el istmo la envió Iturbide, el emperador mexicano.

Pero hubo centroamericanos que llegaron a poner en peligro sus vidas por resistirse a la incorporación al imperio mexicano. Una facción de tendencia liberal, ampliamente centrada en San Salvador pero no reducida a esa ciudad, rehusó considerarse parte de México y para proteger los derechos de los ciudadanos intentó incorporarse a los Estados Unidos de Norte América (el gobierno de dicho país nunca respondió a esta propuesta).

En las otras provincias muchos pueblos aceptaban la anexión a México, pero repudiaban los viejos lazos con Guatemala, por ejemplo Quezaltenango, León y gran parte de Honduras. La mayoría de estos distritos enviaron delegados a un congreso convocado por Iturbide en México, en

el que pudieron darse cuenta del poco interés que despertaban los asuntos centroamericanos, además de que conocieron cómo el emperador mexicano encarcelaba a los congresistas que se le oponían.

La anunciada fuerza militar mexicana llegó a la Ciudad de Guatemala el 22 de junio de 1822, bajo el mando del general Filísola, quien por órdenes del emperador sustituyó a Gabino Gaínza como capitán general. En realidad, las fuerzas de Filísola eran reducidas (de quinientos a seiscientos hombres). Pronto comenzaron a regresar los delegados centroamericanos del congreso mexicano y con ellos comenzaron a circular en Centro América noticias sobre lo que parecía ser el declive del emperador Iturbide.

La misión de Filísola se volvía cada vez más difícil. En Nicaragua estaba por desatarse la guerra civil debido a que el intendente Miguel González Saravia intentaba someter a la ciudad de Granada; los costarricenses habían reanudado sus coqueteos con Colombia; en tanto que en buena parte de El Salvador la oposición permanecía cerrada en no incorporarse a México.

El enviado del emperador mexicano, general Filísola, entabló negociaciones con la esperanza de alcanzar pacíficamente la anexión de todo El Salvador. Como las negociaciones se prolongaban indefinidamente el emperador Iturbide perdió la paciencia y ordenó el ataque inmediato contra los renuentes Salvadoreños.

El general Filísola logró someter a los rebeldes a fines de febrero de 1823, pero debía conocer que Iturbide estaba en una situación muy precaria, pues regresó presuroso a Guatemala, desatendiendo los pedidos del intendente de Nicaragua, Miguel González Saravia, que pretendía su concurso para someter finalmente a la también rebelde Granada. Cuando aún estaba en camino hacia la ciudad de Guatemala, el general Filísola recibió

la noticia de que el imperio de Agustín Iturbide había llegado a su fin.

Con la caída del emperador Iturbide, ocurrida en febrero de 1823, los vínculos entre México y Centro América se rompieron. Sea porque tenía deseos de regresar a México o porque reconocía que no tenía apoyo popular, el general Filísola no intentó quedarse en el poder y llamó a las provincias centroamericanas para que celebrasen un congreso, según lo estipulado en el acta de independencia del 15 de septiembre de 1821.

II. La Inevitable Independencia

En los quince o dieciséis meses que las provincias centroamericanas estuvieron anexadas a México fueron atravesadas por la anarquía y las guerras civiles. Después del fracaso de aquella anexión Centro América ya no era la misma que se independizó de España, tan sólo se parecía en que nuevamente debía optar por alguna forma de gobierno. Pero ahora las divisiones partidarias se habían prolongado a través de las fronteras provinciales de tal forma que durante décadas, dos liberales de distintas provincias encontrarían más de común entre sí que entre uno de ellos y un conservador de su propia provincia o pueblo. Aunque debe señalarse que para los políticos centroamericanos de 1824 los términos liberal y conservador aún no tenían el significado con el que posteriormente han sido identificados, todavía no había implícitamente detrás de ellos organizaciones consolidadas. Además, aunque los políticos de Centro América llegaban a diferir consistentemente en asuntos como la relación entre la Iglesia y el Estado, por lo general, no eran doctrinarios. Sin embargo las diferencias ya eran considerables. Las raíces de aquella división provenían de los tiempos coloniales, pero durante la dominación mexicana los recelos crecieron exageradamente, los alineamientos se fortalecieron y se tomaron decisiones que acarrearían la calamidad a Centro América. En El Salvador crecía

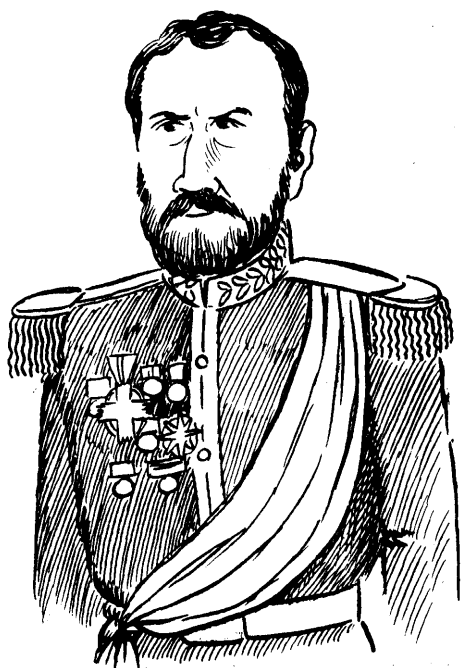
el odio hacia Guatemala. En Nicaragua y en Honduras ninguna ciudad o coalición alcanzó el control del país, de donde derivaron muchos años de guerra civiles. Costa Rica reforzó su tendencia hacia el localismo y la neutralidad, procurando mantenerse lejos de las disputas entre las demás provincias. En Guatemala, puede que por el vigor de la ciudad capital, no padeció tan aguadamente la división entre sus poblados pero tampoco escapó a ciertos desórdenes civiles. Por otra parte, la provincia de Chiapas, que había formado parte de la Capitanía General de Guatemala, no expresó ningún apego hacia Centro América y prefirió formar parte de México.

El congreso centroamericano fue convocado en medio de aquella discordia y desorden. En total, fueron designados sesenta y cuatro delegados, correspondiendo veintiocho a Guatemala, trece a El Salvador, once a Honduras, ocho a Nicaragua y cuatro a Costa Rica. El general Filísola y sus tropas aún no habían salido de Guatemala cuando se abrieron las sesiones con un quorum aproximado de cuarenta y un guatemaltecos y salvadoreños. Fue hasta el mes de octubre cuando estuvieron presentes las representaciones de todos los países.

Este cuerpo se autodenominó Asamblea Nacional Constituyente y asumió dos tareas distintas: Primero, la función de gobernar Centro América, y segundo, la elaboración de una constitución para la república de los Estados centroamericanos. Las dos tareas eran difíciles. Ninguna de las cinco provincias había organizado su gobierno y pasarían por lo menos tres años antes de que promulgaran sus respectivas constituciones. Además, escaseaban los nuevos Estados, tanto a nivel de provincia como a nivel de toda Centro América.

La Asamblea resolvió con prontitud el trabajo inicial declarando la independencia absoluta de México y "*de cualquier otra potencia*". Las reuniones de junio

de 1823 se consideraron ampliación de la que trajo la independencia en septiembre de 1821. Y la incorporación de Centro América a México fue catalogada como un resultado **de facto** de medidas violentas e ilegales. Se escogió provisionalmente un poder ejecutivo integrado por tres miembros, recayendo los nombramientos en Manuel José Arce y Juan Vicente Villacorte de El Salvador y en el doctor Pedro Molina de Guatemala, todos ellos de tendencia liberal. El predominio de una tendencia en el ejecutivo reavivó los alineamientos de partidos. Los que habían favorecido la anexión al imperio mexicano estaban desacreditados pero no destruidos, ellos se convirtieron en la oposición a los liberales y fueron llamados serviles, moderados o conservadores. Aunque por supuesto, conviene tener presente la advertencia señalada respecto a los partidos de la época, a los cuales no debe imaginárseles homogéneos y monolíticos. Por ejemplo, había liberales ardientes que apoyaron la anexión a México.



Agustín de Iturbide

Es necesario llegar a la conclusión de que durante los primeros años del gobierno centroamericano, se movían a su interior dos grupos predominantes; por un lado los liberales federalistas y, por otro, los serviles, más conservadores y, generalmente, inclinados hacia una forma de gobierno centralista, con el predominio de Ciudad de Guatemala. Ni liberales ni serviles eran doctrinarios en sus convicciones, ambos veían en el centralismo la continuación del viejo estado, con Guatemala como sede del Gobierno. Esta ciudad había sido la capital durante la colonia, el cuartel general de las fuerzas mexicanas durante la anexión y sus delegados dominaban numéricamente en las audiencias de la nueva Asamblea. El debate principal no era sobre filosofías políticas, sino sobre cuál sería en lo futuro el papel de la ciudad de Guatemala.

Se hicieron algunos intentos para efectuar reformas de tipo liberal (como implementar la libertad de cultos religiosos, la libertad de prensa, la abolición de títulos de distinción, etc.) pero aún no había llegado el momento de la revolución. No llegaron a cuajar tales intentos, la estructura de clases no se modificó, no hubo confiscaciones violentas. Lo más drástico que ocurrió fue la destitución de sacerdotes que habían apoyado con demasiado énfasis la incorporación al imperio mexicano.

La elección de tres liberales para el ejecutivo evidencia el predominio liberal existente durante las primeras sesiones de la Asamblea. Sin embargo, los liberales perdieron pronto esta ventaja a causa de un temor generalizado entre la población centroamericana y aun entre los delegados a los programas radicales. Además, el triunvirato liberal comenzó a implementar una forma de espionaje que lo volvió impopular. Los serviles comenzaron a ganar conversos al interior de la Asamblea y pronto llegaron a obtener una clara mayoría que mantuvieron durante toda la existencia de la Asamblea

Nacional Constituyente.

Pronto surgieron incidentes que revelaron la fragilidad del gobierno centroamericano. En la ciudad de Guatemala, lugar donde sesionaba la Asamblea, se sublevó un oficial con su tropa, a causa de que no habían recibido sus pagos. La Asamblea se llenó de temor y accedió a las exigencias del insubordinado, pero pidió ayuda a San Salvador, Quezaltenango y Chiquimula. Entre tanto, muchos asambleístas abandonaron la ciudad.

El pueblo de la Ciudad de Guatemala se enfrentó en las calles a las tropas sublevadas, de tal manera que dificultaron las ambiciones del oficial rebelde, cualesquiera que éstas hayan sido. Además, pronto llegaron setecientos cincuenta voluntarios salvadoreños bajo la dirección de un veterano de la resistencia contra las tropas imperialistas mexicanas, con lo cual las circunstancias adquirieron rápidamente un claro alineamiento entre partidos. Los serviles habían entrado en convivencia con el oficial sublevado y aprovecharon la ocasión para reconstituir el triunvirato ejecutivo, volviéndolo considerablemente menos liberal.

El 12 de octubre de 1823, las tropas salvadoreñas entraron a Ciudad de Guatemala, a pesar de los deseos de los serviles. Sin embargo, cinco días después llegaron tropas de Quezaltenango, más inclinadas hacia los serviles. Entre estas tropas venían unos cincuenta mexicanos que se habían quedado rezagados después de que el general Filísola se marchó, de tal manera que en las calles de la Ciudad de Guatemala ocurrían enfrentamientos en los cuales los viejos rivales (salvadoreños y mexicanos) ajustaban sus cuentas. La crisis se prolongó durante casi dos meses, y finalizó hasta que ambos partidos convinieron en retirar paulatinamente sus fuerzas.

Después de aquellos incidentes, quedó claramente definida la necesidad de elaborar la constitución a la mayor

brevedad posible.

Los serviles ya tenían una clara mayoría, ampliamente concentrada en Guatemala, y era evidente para todos que podían dominar cualquier forma de gobierno. Por eso podían darse el lujo de aceptar alguna clase de compromiso. Sin embargo, los civiles intentaron conseguir apoyo para implementar un gobierno centralizado requiriendo votos en las poblaciones, a base del principio simple de elegir entre centralismo o federalismo. Los liberales se opusieron denodadamente contra aquella discusión y voto, argumentando que el sistema federal ya había sido acordado y que incluso algunos Estados ya habían redactado sus leyes fundamentales con esta base. La fuerza de los partidarios del federalismo descansaba principalmente en las poblaciones de El Salvador, Granada en Nicaragua y San José en Costa Rica. Los serviles tuvieron que reconocer que era lo suficientemente vigorosa como para impedir que una constitución con primacía del centralismo entrara en efecto. Los serviles debían reconocer la soberanía de los Estados o no habría nación Centroamericana.

La enorme presión de las provincias por el federalismo, y la no del todo renuente decisión guatemalteca de convenir en aquella demanda, hizo posible que en diciembre de 1823 se publicaran las bases de la constitución centroamericana con una armazón de tipo federal. Posteriormente, los Estados centroamericanos emprendieron la tarea de organizarse según el plan federal, tarea en la que estuvieron ocupados durante varios meses. La constitución de El Salvador fue decretada en junio de 1824, la de Costa Rica en octubre de 1825 y la de Honduras en diciembre del mismo año. Nicaragua estaba envuelta en una guerra civil, debido a que Juntas rivales en León y Managua se disputaban la representación de todo el país. En el transcurso de esta contienda los partidos nicaragüenses adquirieron la localización geográfica

que los caracterizaría durante las próximas décadas. El asedio a León estuvo dirigido contra los liberales, y los serviles residentes en esa ciudad creyeron oportuno mudarse, encontrando eventualmente en Granada un ambiente a tono con sus opiniones.

Como los desórdenes civiles de Nicaragua obstaculizaban los esfuerzos de la Asamblea Nacional Constituyente, el triunvirato ejecutivo que gobernaba entonces decidió enviar un emisario para que mediase en aquella disputa, pero sin el respaldo de una fuerza militar; la misión terminó en un fracaso. Formaban parte de aquel triunvirato dos de los líderes centroamericanos más distinguidos y por tanto con las mejores posibilidades para alcanzar la candidatura para la presidencia federal en las eminentes elecciones. Uno de ellos era Manuel José Arce, conocido anticolonialista e independentista desde 1814 y uno de los voceros favoritos entre los salvadoreños liberales. El otro era José Cecilio del Valle, uno de los pocos centroamericanos intelectuales, con una gran capacidad. Los serviles apoyaban a Valle aunque no con el entusiasmo que los liberales apoyaban a Arce. En cierta forma, la pacificación de Nicaragua destacó la rivalidad entre los dos importantes miembros del triunvirato, y cuando el emisario que intentó mediar entre las facciones en lucha basándose exclusivamente en la negociación fracasó, Valle debió cargar con alguna responsabilidad en ello, puesto que era reconocido su apoyo a dicho procedimiento. A continuación, Manuel José Arce demandó la necesidad de intervenir militarmente, y al mando de unos quinientos salvadoreños, marchó sobre Nicaragua en enero de 1826. Aquella demostración de fuerza fue suficiente para lograr un armisticio sin necesidad de liberar batalla alguna. Inmediatamente después, Arce desbandó las dos fuerzas nicaragüenses en disputa y se las arregló para enviar al exilio a los principales líderes, de tal manera que la paz volvió temporalmente a Nica-

ragua y la organización del Estado se logró en abril de 1826. Sin embargo, el hecho de que tanto Arce como Valle apelaron a las facciones que se habían enfrentado en Nicaragua, no revelaba buenas perspectivas para el futuro.

Entretanto, la Asamblea Nacional Constituyente había continuado su trabajo y el 22 de noviembre de 1824 ya había presentado una constitución que incluía el principio federal y tenía ciertas semejanzas obvias con la constitución de Estados Unidos. La constitución federal de Centro América disponía distribuir el poder entre un ejecutivo, un legislativo y un judicial. En el ejecutivo se contemplaba el funcionamiento de un presidente y un vicepresidente, elegidos por el pueblo en un proceso vagamente parecido al sistema electoral de estados Unidos. El legislativo lo constituía un congreso basado en la población y un senado compuesto por dos hombres de cada Estado. En lo judicial, había una corte suprema y un sistema judicial menor. Se plasmó en la constitución una gran preocupación por las libertades individuales, por ejemplo, las garantías de protección contra el Estado eran numerosas. La esclavitud fue abolida con entusiasmo, los monopolios también fueron eliminados, la libertad de prensa autorizada y se proclamó la educación pública libre. En cambio, la constitución federal prohibía que otras iglesias diferentes de la Católica Romana ejercieran sus cultos públicamente. El artículo sesenta y cinco señalaba que, cuando las circunstancias lo hicieran posible, debía crearse un distrito federal, presumiblemente en una ubicación más central que la Ciudad de Guatemala. Sin embargo, esto nunca se realizó.

Prácticamente debe llegarse a la conclusión de que la forma de gobierno diseñada era, en sus líneas generales, la única posible. Algunos cambios podrían refinar el documento, pero lo que Centro América planeó y recibió fue básicamente una asociación de Estados. Cabe añadir que la República Federal de Centro América,

tal y como se promulgó, hubiera podido tener éxito, si el poder dado al presidente, como personificación de la nacionalidad centroamericana, no hubiese estado tan recortado. Aunque tal afirmación cae en el terreno de las especulaciones, lo cierto es que en la constitución federal se creó un congreso muy fuerte y un ejecutivo limitado y condicionado. El presidente era, en gran medida, decorativo.

A principios de 1825, la importante tarea de elegir por primera vez al presidente, ocupó a los centroamericanos. Los liberales apoyaban con gran entusiasmo a Manuel José Arce, en tanto que los serviles respaldaban a José Cecilio del Valle. Sucedió que de una votación electoral potencial de ochenta y dos se obtuvieron únicamente setenta y nueve debido a complicaciones en la creación de distritos en Guatemala, y otros cuatro votos fueron anulados. José Cecilio del Valle obtuvo cuarenta y uno a favor y treinta y cuatro en contra, y puesto que la constitución exigía una mayoría absoluta, el problema se presentó al decidir si los votos de del Valle se basarían sobre los ochenta y dos autorizados (en cuyo caso le faltaría un voto para llegar a la mayoría absoluta) o sobre los setenta y nueve depositados (lo que le daba una victoria indiscutible).

La ambición de Manuel José Arce por ser el primer presidente lo llevó a buscar el apoyo fuera de sus simpatizantes liberales, llegando a sacrificar la obtención del largamente apetecido obispado para El Salvador con tal de lograr sus propósitos. Después de que del Valle y los serviles llegaron a un convenio sobre dichas bases, el congreso anunció que José Cecilio del Valle carecía de la mayoría absoluta y que la elección le correspondía al cuerpo legislativo, de manera que por un voto congresional de veintidós a cinco, Arce llegó a ser el primer presidente de Centro América. De paso es bueno aclarar que el convenio realizado por el candidato Arce no detuvo a los liberales salvadoreños quienes en un acto impropio y atrevido, según opinión del arzobispo de Guatemala

y del Papado, establecieron el codiciado obispado a través de la legislatura salvadoreña. No obstante, la enemistad hacia Arce siguió en pie.

En el mismo comienzo de su período, el presidente Arce encontró muy poca colaboración para formar su gobierno, aunque para abril de 1825, el senado y la Corte Superior de Justicia habían sido elegidos y funcionaban en la ciudad de Guatemala. Aunque débil, el gobierno centroamericano era una realidad en funciones.

El gobierno del presidente Arce enfrentó graves problemas desde el primer momento, ya que las arcas públicas centroamericanas estaban a punto de un colapso financiero. El ataque contra la estructura de impuestos dejada por la colonia tenía relación directa con la crisis, pues aunque había satisfecho a los hombres de negocios criollos también determinó la destrucción de casi todas las viejas fuentes de ingresos estatales.

Aunque la recaudación a través del establecimiento de monopolios para el tabaco y el aguardiente, así como a través de las aduanas sí proporcionó algunas entradas, en suma puede decirse que el ingreso federal, aumentado por las contribuciones de los Estados miembros, no podía satisfacer las demandas de una joven nación ni las obligaciones de la deuda pública. En estas condiciones, el gobierno de Arce buscó un empréstito con banqueros ingleses por un valor de 7,142,047 pesos, de los cuales, después de pagar descuentos y comisiones por servicios, se esperaba recibir 5,000,000 pesos y se rendiría un interés de 6% anual. Pero en realidad Centro América sólo recibió un poco más de 300, 000 pesos, aunque se endeudó por cerca de tres veces dicho monto. Además la República Federal recibió esta cantidad como pequeños adelantos que fueron gastados en sueldos, ejército y otras minucias muy lejanas del destino proyectado para el empréstito global.



La posición de los Estados integrantes no era mejor que la de la Federación, de tal manera que sólo Guatemala dio un apropiado apoyo monetario a la República Federal y comenzaba a vislumbrarse que Guatemala pasara a considerarse, como efectivamente sucedió, más fuerte que toda Centro América.

En 1826 los acontecimientos políticos empeoraron hasta el punto de desembocar en la guerra civil. Dentro del congreso federal, el presidente Arce fue atacado por un supuesto mal uso del empréstito inglés, así como por sus moderadas relaciones con el clero, lo que disgustaba a los liberales. Por otra parte, las relaciones entre el gobierno de Guatemala y el gobierno federal, ambos establecidos en la misma ciudad, llevaron a la crisis definitiva. El presidente Arce intentó formar un ejército nacional bajo su mando, al mismo tiempo que el gobierno guatemalteco resentía y protestaba por ser el que detentaba casi exclusivamente toda la carga de las finanzas federales, con lo que decidió suspender sus contribuciones. Poco después, acusando al presidente Arce de realizar arrestos ilegales en Guatemala, el jefe de Estado de aquel país apresó al jefe de la guardia

federal. Enseguida el presidente Arce apresó al jefe de Estado guatemalteco, de manera que la jefatura ejecutiva de Guatemala vino a recaer en un suplente que resultó asesinado por una turba de indios a causa del liberalismo anticlerical que dicho suplente profesaba. Los adversarios del presidente Arce lo consideraron responsable de aquel asesinato y cuando Manuel José Arce asumió el control de Guatemala, los salvadoreños dejaron sus curules en el congreso federal, y a principios de 1827, comenzaron a preparar un ataque contra Arce. A la cabeza del ejército federal, el presidente Arce rechazó el ataque, pero su entrada a El Salvador fue frustrada por lo menos en tres ocasiones. La intervención federal también llegó a Honduras y una guerra intermitente continuó por varios meses. La posición de Arce fue debilitándose gradualmente.

Desde 1826 hasta 1829 sobrevino la guerra civil, aunque en realidad participaban tropas poco numerosas y provincias enteras permanecieron ajenas al conflicto militar directo. Sin embargo, la desconfianza, la desilusión y las disputas partidarias obstruían aquella sociedad agraria atrasada. En retrospectiva puede verse que allí había lugar para un hombre fuerte. No podía ser Manuel José Arce, un político oportunista y general fracasado. Tampoco sería José Cecilio del Valle, brillante pero indeciso y carente de la convicción del líder. Muy pronto apareció en la escena este hombre que hacía falta.

III. La República de Morazán

Francisco Morazán nació en Honduras; gobernó en Guatemala y en El Salvador; peleó, ganando y perdiendo batallas en todas las provincias del istmo y murió en Costa Rica. Nadie, antes o después, ha estado tan cerca de ser un centroamericano. Ahora es un símbolo que representa el sueño de cinco repúblicas: La Federación Centroamericana.

Morazán nació en Tegucigalpa, a principios de 1790. Su origen y educación modestos

no lo prepararon para cargos importantes, pero era enérgico y popular. En 1824 debuta en los acontecimientos políticos como Secretario General de Honduras bajo el jefe del Estado liberal, Dionisio Herrera. Para 1827, Morazán ya tenía un pequeño comando de hondureños y luchó contra una de las numerosas intervenciones de Manuel José Arce, el presidente de la República Federal. Poco después pasó a Nicaragua, donde organizó una fuerza armada y ganó pequeñas pero importantes batallas a los federales de Arce. Ya es lo suficientemente fuerte como para retornar a Honduras, desalojar las fuerzas del presidente Arce y asumir interinamente la jefatura de su Estado natal. Las noticias acerca de sus victorias son conocidas en Guatemala y en El Salvador, y con la fama, también gana partidarios. El 12 de abril de 1829 captura la ciudad de Guatemala con lo que aplasta al régimen de Arce. Morazán asume provisionalmente el control de la República Federal, y el senado junto con el congreso se inclinan ante su autoridad.

Francisco Morazán y sus partidarios se autodenominaron liberales y tomaron medidas punitivas contra Manuel José Arce y su partido, que pasó a ser llamado conservador. Arce y algunos de sus seguidores más importantes fueron desterrados, supuestamente de por vida.

Debido al confesado liberalismo de Morazán, las autoridades eclesiásticas temían su éxito, suponiendo que el mismo vendría acompañado de un menoscabo en las tradicionales posiciones de la Iglesia. Por tal razón, la mayor parte de las órdenes religiosas así como la alta clerecía se habían opuesto vigorosamente a Morazán. Al triunfar, el primer paso fue ordenar la remoción de ciertos clérigos y el acuñar en monedas grandes cantidades de plata pertenecientes a la iglesia. Después, en julio de 1829, Morazán decretó la expulsión del arzobispo guatemalteco y de casi todos los Franciscanos, Dominicos y Recoletos. Además, confiscaron las pertenencias de todas las órdenes religiosas, salvo las de los

Betlemitas, que no habían participado en la lucha política. El reclutamiento de monjas fue prohibido y el número de sacerdotes reducido. Muchos diezmos y festividades religiosas fueron eliminados. En mayo de 1832, el congreso y los Estados de la federación declararon la completa libertad de religión. La actividad anticlerical fue más fuerte en Guatemala que en los demás Estados. Allí, varios conventos fueron transformados en escuelas públicas, hospitales, prisiones y cuarteles.

Estas reformas tenían la intención de debilitar la secular posición de la Iglesia en los asuntos centroamericanos. Los liberales eran católicos y más que destruir a la Iglesia aspiraban a controlarla. Las propiedades de la Iglesia significaban para Morazán las rentas que desesperadamente necesitaba, así como edificios para ser utilizados.

Entre 1826 y 1830 transcurrieron en Centro América tres años de guerra civil y uno de drásticas reformas. El caos y las disputas continuaron. En Honduras estalló una rebelión que fue derrotada bajo el mando del propio Morazán. Envío un emisario a Nicaragua para suprimir la anarquía que imperaba en aquel Estado. Costa Rica se separó de la Federación desde 1829 hasta 1831, argumentando que durante una disputa entre el gobierno de El Salvador con el de Costa Rica, el gobierno federal había dejado de funcionar.

En 1830 Morazán se presentó como candidato a la presidencia federal, teniendo ante sí la tarea de la unificación. Resultó electo, con una amplia dispersión de votos en su contra, entre los cuales el antaño favorito José Cecilio del Valle resultó como un inferior segundón. Morazán no encontró necesario modificar su línea de acción, de tal manera que introdujo nuevos decretos y legislación encaminadas a mejorar la suerte de mucha gente. Sin embargo, estos proyectos eran imposibles de realizar.

La educación universal era para Morazán la panacea que acabaría con los males de Centro América. Hacia el fin de su gobierno fueron creadas las universidades de San Salvador y León en 1830 y 1831, pero la carencia de fondos determinó el fracaso del proyecto.

Morazán nunca tuvo libertad para desarrollar su programa de reformas sin discordia. En 1831 un plan bien coordinado que llevaba el propósito de destruir al partido liberal comenzó a ponerse en práctica. Desde México, el asilado expresidente Arce proyectaba atacar la región de Los Altos en Guatemala. Honduras sería debilitada por la toma de los puertos atlánticos de Omoa y Trujillo. El gobernador del primero de estos puertos enarboló la bandera española y despachó barcos a Cuba en busca de ayuda. (2) Otra fuerza conservadora, supuestamente organizada en Belice (que aún era colonia inglesa), tomó Puerto Trujillo y avanzó al interior del país. Además, Manuel José Arce conspiraba con el jefe de Estado salvadoreño. Sin embargo, para marzo de 1832 los federalistas de Morazán habían ganado en todas partes. Arce fue vencido y enviado de nuevo a México; las revueltas hondureñas fueron contenidas, los refuerzos llegados de Cuba capturados, y el ejército federal tomó San Salvador.



Francisco Morazán

Otra causa de discordias para el gobierno de Morazán eran las numerosas disputas y recelos entre los Estados de la República. El viejo temor a Guatemala aún causaba problemas. Los demás Estados podían fácilmente identificar al gobierno federal con el más rico de los cinco Estados, especialmente desde que Morazán instaló su cuartel general en Ciudad de Guatemala. Los Estados feredados tomaban para sí las rentas de aduana destinadas al gobierno federal y los habitantes se oponían a pagar impuestos. La presión porque se creara un distrito federal aumentó y en 1834 se accedió a esta solicitud trasladando la sede de la administración a Sonsonate primero y a San Salvador después, ambas ciudades del especialmente celoso Estado de El Salvador. Por otra parte todos los Estados comenzaron a exigir reformas políticas, convencidos de que con ellas encontrarían la solución al tormento de las arcas vacías. El congreso encontró imposible satisfacer todas las solicitudes y optó por ignorar la mayoría de cambios pedidos, terminando por redactar en 1835 una nueva constitución que en términos generales venía a ser lo mismo que la de 1824. Por supuesto, los Estados quedaron insatisfechos y sólo la incuestionable supremacía militar de Morazán los mantuvo juntos hasta mediados de la década de los años treinta (del siglo XIX), pero el prolongado uso de la fuerza trajo crecientes quejas de intervención.

A fines de 1833 se celebró una elección presidencial en la cual José Cecilio del Valle derrotó a Morazán, pero enfermó y murió antes de tomar el cargo. Después de su muerte se convocó a otra elección, la cual ganó Morazán muy cómodamente. Su segundo período comenzó el 14 de febrero de 1835. La reelección de Morazán inquietó profundamente a los conservadores haciéndoles temer nuevas reformas, mas entonces estaban aprendiendo a incitar y manipular a los indios y a las clases más pobres para volcarlos en contra del régimen federal de Morazán. Algunos clérigos contribuían y colaboraban con

los conservadores en este asunto, aprovechando los efectos negativos de las reformas liberales e incluso, toda suerte de contingencias, como la epidemia de cólera asiática que llegó a su punto más alto en 1837.

Guatemala era el Estado en el cual las reformas se habían aplicado con mayor rigor y donde las órdenes religiosas habían sido más castigadas, y fue allí en donde apareció una fuerza nueva que repercutiría en toda Centro América. Un indio o mestizo semi letrado, de considerable energía y talento se reveló como el más capaz de los líderes de masas. Había sido tambor del ejército federal del presidente Arce durante la guerra civil de 1826-1829 y como tantos indios, odiaba las reformas liberales. Desde el principio fue apoyado por clérigos locales, y se alzó demandando la abolición de los impuestos sobre los indios. Su guerrilla atrajo partidarios, incluso algunos interesados especialmente en el pillaje. Para 1838 ya era el líder militar de los conservadores en Guatemala.

Debido a frecuentes levantamientos en los demás Estados de la federación, Morazán no pudo concentrar toda su fuerza contra Carrera. El jefe militar indio tomó, con muy poca resistencia, la Ciudad de Guatemala en los primeros días de febrero de 1838, disolviendo al gobierno de ese Estado. Tanto los liberales guatemaltecos como los conservadores estimaron necesario limpiar su capital, al más breve plazo, de las hordas indígenas de Carrera, le confirieron el título de comandante general y le entregaron con profusión armas y dinero.

Durante la corta ocupación de Ciudad de Guatemala, el localismo se impuso en tres distritos al oeste de Guatemala, Quezaltenango, Totonicapán y Sololá crearon un nuevo gobierno, y llamándolo **Los Altos** solicitaron ser el sexto Estado de la República Federal de Centro América. Morazán accedió a esta solicitud.

Mientras tanto, los Estados del sur de Centro América vieron en los acontecimientos de Guatemala una prueba de la urgente necesidad de reorganizar la federación. En Abril de 1838 la Asamblea de Costa Rica declaró que después de trece años, era visible que los centroamericanos no se habían consolidado. Todos los Estados habían sufrido repetidas convulsiones que debían ser eliminadas por un gobierno federal. Desde 1832 era generalizado el clamor por reformar la constitución y los costarricenses apelaban, en un último esfuerzo, al cambio. Los nicaragüenses fueron más allá, pues declararon libre, soberano e independiente al Estado de Nicaragua hasta que no se acordase un nuevo pacto federal.

Tanto Nicaragua como Costa Rica sostuvieron que ya existía el gobierno federal, señalando que el senado no funcionaba todo lo que aún quedaba era un presidente con algunas tropas, librando una guerra sin esperanzas. Tal descripción era válida. Morazán, por estar en el campo de batalla desatendía la secretaría de gobierno.

El 31 de mayo, el congreso decretó que los gobiernos eran libres para establecer *"una forma de gobierno republicana popular, representativa y con poderes divididos"*. Después levantaron las sesiones. En 1838 ocurrió la disolución de la República Federal. Morazán continuó combatiendo y venciendo a Carrera, pero nunca lo destruyó.

Las relaciones de Nicaragua y Costa Rica con el régimen federal cesaron, y Morazán los ignoró a pesar de que sus gobiernos tomaron las aduanas federales para su propio gasto. Honduras, desgarrada por guerras urbanas sin sentido, anunció su separación a principios de 1839. Carrera se había impuesto en Guatemala y tan solo El Salvador persistió en la federación, y aún allí los pueblos no eran unánimemente leales y Morazán enfrentó revueltas.

En febrero de 1839 concluyó el segundo período presidencial de Morazán y no existieron movimientos por nuevas elecciones.

Morazán asumió la jefatura ejecutiva de El Salvador y a partir de entonces, sus tropas y finanzas, a pesar de que él las calificara como federales eran, en gran medida, salvadoreñas.

La mayor parte de 1839 y a principios de 1840, Morazán luchó y derrotó una invasión lanzada por los gobiernos de Honduras y Nicaragua, estimulados por el Guatemalteco Rafael Carrera. La invasión fue derrotada y las tropas de Morazán incluso invadieron ambos Estados, apuntándose victorias. Después se volcaron contra el principal enemigo.

Morazán realizó un desesperado intento para salvar su posición. El 18 de marzo de 1840 capturó la ciudad de Guatemala, pero se dio cuenta de que ninguno de sus viejos aliados guatemaltecos vendría en su auxilio. La mayor parte del pueblo se mantuvo al margen de la batalla y Morazán con sus tropas sobrevivientes se retiró hacia El Salvador, donde tampoco podía esperar un gran apoyo. En un puerto salvadoreño tomó una goleta en compañía de varios de sus oficiales y se marchó a la América del Sur.

Poco después los morazanistas y federalistas son vencidos en todas partes y dejados del poder. Así se cierra la historia de la República Federal de Centro América.

En abril de 1842 Francisco Morazán invadió Costa Rica y logra alzarse a la presidencia del país, pero cuando se conoce su afán de utilizar a la pequeña nación como plataforma para reconstruir la federación, pierde rápidamente el apoyo con que se sostenía. Los conservadores organizaron una contra-revolución y consiguen derrotar y capturar a Morazán. Después fue condenado a muerte y ejecutado.

Hay que considerar que para un hombre dedicado a la guerra, aquel fue un final lógico y, quizás, útil, pues añade un nuevo mártir a su causa.

Entretanto, el adversario principal de Morazán, el indio Rafael Carrera, reabsorbía Los Altos para Guatemala y posteriormente lograría imponer sus titeres en las naciones vecinas. La era de la reacción comenzaba, pero el sueño de la federación no moriría.

NOTAS

- (1) Llamado así por haberse proclamado en el poblado mexicano del mismo nombre, en el Estado de Guerrero. El **Plan de Iguala**, enunciado por Agustín de Iturbide, reconocía tres garantías esenciales: catolicismo, unión de españoles y criollos e independencia política dentro de una monarquía constitucional.

- (2) Cuba, en 1831, aún era colonia de España.

* El presente texto es un resumen de los capítulos II, III y IV del libro de Thomas L. Karnes *Los fracasos de la Unión: Centroamérica 1824-1960*, ICAP, San José, C. R., 1982.
